

bro que su autor subtítulo como "Lectura sociológica de los intelectuales en Estados Unidos", es que se trata de un indispensable instrumento para acercarnos a la realidad del imperio USA.

Amando de Miguel se aproxima a los USA a través de su élite intelectual, de influencia creciente en la formulación de alternativas económicas y políticas para el equipo dirigente. Si en décadas anteriores la intelectualidad norteamericana se sen-

tía insignificante y alienada, en los últimos tiempos se ha institucionalizado, constituyendo un grupo social poderoso y privilegiado que se articula a través de sus polémicas en una serie de revistas y su integración en círculos de ideas afines. De Miguel establece la tipología del intelectual estadounidense investigando su relación con el poder. Así nos encontramos con los **mandarines** (intelectuales que ejercen el poder) y los **letrados** (intelectua-

les que están al servicio del poder); frente a ellos, los **revolucionarios** (intelectuales militantes en organizaciones de izquierda), los **críticos** (intelectuales que apoyan a los militantes) y los **compañeros de viaje** (intelectuales sin una militancia específica, pero que se sienten próximos a la ideología de las izquierdas). Es este un mundillo lleno de peculiaridades fascinantes, como la abundancia de conversos y renegados, que han pasado, por ejem-

plo, del trotskismo de su juventud a posiciones netamente reaccionarias. Para el observador europeo, también causa extrañeza el altísimo porcentaje de judíos o el apreciable contingente de intelectuales que proceden de la clase trabajadora.

Igualmente resulta problemático establecer la distinción básica entre izquierda y derecha. El autor se trasplanta a la escena política norteamericana y agrupa en la derecha a conservadores, neoconservadores y liberales; en la izquierda, están los socialdemócratas y los radicales. A partir de estas tendencias básicas realiza un complejo ideograma que sirve de mapa para internarse en el mercado de las ideas. El examen del papel de las fundaciones y los "think tanks", la participación de los intelectuales en el "establishment", los matices de las diversas revistas y de los principales jefes de grupo completan el panorama. Y en el fondo, la cuestión que atormenta a la clase intelectual de USA: su distanciamiento respecto a los movimientos sociales (lamentablemente, Amando de Miguel soslaya la otra cara de la relación, el supuesto antiintelectualismo del pueblo americano).

Integrada la clase trabajadora en la sociedad capitalista, no ha sido posible establecer un partido de oposición basado en un movimiento de masas. De hecho, la pérdida de energía revolucionaria de estas clases trabajadoras ha ido acompañada por un creciente conservadurismo que ha sido útil para los Nixon, los Goldwater y hasta para un presidente supuestamente reformista como Jimmy Carter. Asimilando a la larga estas críticas —como ocurrió con la mayoría de las propuestas de la contracultura y la nueva izquierda—, el sistema se refuerza y perfecciona. Y los intelectuales norteamericanos se sienten cada vez más frustrados, de la misma forma que aumenta su mala conciencia ante las dádivas con que les obsequia el poder.

"El poder de la palabra" es una obra sorprendentemente amena y rigurosa que se enriquece con una amplísima bibliografía. Para nosotros, habitantes de la periferia del imperio, resulta ser una espléndida herramienta para la comprensión de los Estados Unidos. Es decir, para nuestra defensa. ■ DIEGO A. MARRIQUE

ADIOS A LAS LETRAS

La guerra de las memorias

Jorge Edwards, el novelista chileno cuya actitud ante la vida es diplomática, hablaba hace algún tiempo de la dificultad que tiene el hispanico para escribir memorias. Los anglosajones, decía el anglofilo Edwards, son unos maestros en el arte de memorizar. Los anglosajones y Proust, que inventó la memoria personal a partir de una madalena bien mojada en chocolate.

Este país no habrá hecho memoria, pero lo que sí ha hecho es dar el material suficiente para que los otros memoricen a su costa. Nuestra guerra civil ha sido un buen caldo de cultivo para otras literaturas. Nosotros nos conformamos con protagonizar los hechos; no los relatamos. Por tanto, al final nos quedamos como espectadores de nosotros mismos.

Lamentablemente, en los últimos tiempos los españoles nos hemos aproximado al género de las memorias de la mano de los políticos, que cuando están más o menos en activo hablan a media lengua y no dicen ni la mitad de lo que les dictaría la mala uva que han ido concentrando. Paseos literarios como los realizados por su pasado por Arelliza y Garrigues (padre) no son demasiado útiles como para decir que en esa área de la memoria nosotros hemos entrado por la puerta mayor. Aunque Caro Baroja, con sus Baroja, es una excepción que los desmemoriados no debemos olvidar.

Todavía tienen que venir a enseñarnos a recoger las memorias, los recuerdos, los restos de nuestro principal naufragio. Ronald Fraser, un escritor anglosajón, ha sido el penúltimo: durante dos años se pateó el Estado español hablando con lo que él llama "la gente corriente". Resultado de esas conversaciones ha sido su libro "Recuérdalo tú y recuérdalo a otros", que el periodista Juan Luis Cebrían presentó el otro día en Madrid con estas palabras: "La gente que participó en la guerra quiere olvidarla. Los que no la hicimos queremos estudiarla y conocerla. La única forma de superarla es estudiándola". A nosotros el sol nos pierde, nos hace perezosos. Así que son otros los que nos estudian ese episodio.

Hasta los rusos hacen sus memorias, a pesar del silencio de vodka y dacha a que nos tienen acostumbrados. Este país avanza sin las memorias de Franco, que una vez dijeron que las había escrito ya Emilio Romero, aunque uno se imagina que es Ricardo de la Cierva el que las tiene bajo llave en su despacho teórico de la Moncloa. Los rusos no se quedarán, sin embargo, sin las memorias de Brejnev, ese ser enigmático que sólo vive para enfermarse, escribir memorias y retirarse mientras da un cartapacio. La televisión ha servido para decirnos que lo único que hacen los políticos extranjeros es intercambiarse cartapacios. Lo único que hace Adolfo Suárez, por otra parte, es abrocharse el botón de su chaqueta,

como si ahí tuviera un reanimador para sus discursos de investidura.

Está bien que sean los escritores españoles los que presenten las memorias ajenas. Antonio Hernández Gil, que inventó el estructuralismo para la palabra hablada, presenta a Brejnev, junto con Guillermo Díaz-Plaja. Pobre Brejnev: cuando él se creía curado de su enfermedad intermitente se encuentra que en un país propenso a la OTAN lo presentan un extremeño liberal y un catalán que ha pisado la



Presentación del libro de Ronald Fraser a cargo de Juan Luis Cebrían.

URSS y luego se ha quitado el polvo de los zapatos como hizo Pérez Galdós cuando dejó Canarias y en Cádiz se encontró con que un galijarro le molestaba en las uñas. Los canarios nunca se lo perdonaron a Galdós.

Aparte de presentar los recuerdos que escriben otros, los españoles siguen haciendo novelas, que es lo que nos sale más fluido. Ahí está Vicente Molins-Folix, otro anglofilo que todavía no narra memorias, que estos días publica "La comunión de los atletas", una novela en la que me imagino que no se me va a hacer deportista, aunque la prolongada vida londinense lo tiene bien flaco y predispuesto para el ejercicio físico. Ahora se va a venir a España, quizá a escribir sus memorias inglesas.

Nosotros nos tenemos que ir al extranjero para poder prepararnos a participar en la guerra de las memorias. Cuando nos quedamos por aquí perdemos el recuerdo y han de ser otros los que nos lo rescaten, mientras nosotros escribimos una novela o deseamos el fin de la dictadura. ■ SILVESTRE CO-DAC.